fragio universal y con la absoluta libertad de la prensa, de peticion, de asociacion, de todo sin ningun límite; dada rienda suelta á todas las ideas, á todos los sentimientos, á todas las pasiones, con amplitud semejante á la que disfrutan los vientos sobre la faz del océano, la centralizacion administrativa se enerva, los gendarmes no hacen miedo, la policía carece de significado, entonces se dispierta por necesidad en el pais la conciencia de su fuerza, los individuos se cuentan y saben que comparados con los de Paris, son como treinta y cinco á uno. Las prvincias miden sus recursos y empiezan á dudar de que el sacrificio de someterse sin restriccion á las voluntades de Paris, les sea suficientemente compensado por los beneficios de la centralizacion administrativa, y estas ideas que los pueblos podrán examinar, que los clubs podrán ventilar, que la prensa podrá discutir, germinarán lentamente preparando el camino á profundas mudanzas en la organizacion política.

La unidad nacional como elemento de poder y garantía de independencia para la Francia, es por ahora una razon poderosa, pero que tambien podrá debilitarse con el tiempo. Los Estados-Unidos tienen el sistema federal y sin embargo no dejan de constituir una república bastante fuerte, no solo para defender la integridad del territorio, sino tambien para hacer rápidas conquistas; testigo la guerra de México. Ademas, hay otra consideracion sumamente grave, y es que propagándose por el resto de Europa las formas liberales, desaparecen para la Francia los peligros de una invasion estrangera: señoreadas de Viena y Berlin las ideas francesas, es imposible una santa alianza. Si algun dia la Rusia hiciese una tentativa contra las formas modernas, tendria que luchar no solo con la Francia, sino con la Alemania y con la Europa entera, en cuyo caso no se necesitaba como en 93, el que la república francesa fuese una é indivisible.

El regreso á la monarquía no es imposible, y dadas ciertas condiciones, podria no ser difícil, pero lo que es difícil y quizás imposible es la estabilidad de la monarquía restaurada. Se suele preguntar si es posible la duracion de la monarquía. Han referido los periódicos que Luis Felipe al embarcarse para Inglaterra, dijo á una persona que estaba con él: "Unios con franqueza á la bandera de la república, porque me llevo conmigo la monarquía francesa y bajaré con ella al sepulcro; yo he sido el último rey de Francia. "Este pronóstico no es hijo precisamente del abatimiento en que debia encontrarse el infortunado príncipe al verse precisado á salvarse en un barco pescador, es sugerido por el conocimiento de la sociedad francesa, que difícilmente reunirá los elementos necesarios para restaurar la monarquía.

Si bien se considera la monarquía de Francia murió con Luis XVI; entonces acabó el trono único posible, el de derecho, el de tradiciones, el de afeccion popular; todo lo que se ha visto despues, no ha sido mas que impotentes ensayos para resucitar un cadáver.

Napoleon no fué un rey en la propia acepcion de la palabra, sino el primer general de una república, que la dominó con el ascendiente de su genio, fascinándole con el brillo de la victoria: el imperio de Napoleon es un verdadero interregno en los fastos de la monarquía francesa, nada tiene de comun ni de parecido con los reyes anteriores y posteriores, es un gran conquistador, ó mejor diremos, es la misma revolucion francesa personificada para cimentar su obra por medio de la conquista. Luis XVIII sube al trono de Francia bajo el amparo de los aliados; un rey á quien llevan á Francia los vencederos de la Francia, no es el rey de Francia. Hábil conciliador, condescendiente procura el monarca restaurado hacer posible la dinastía antigua en una sociedad que la rechaza. ¡Vanos esfuerzos! La paz que reina en el pais sirve para reparar sus fuerzas enervadas con el frenesí revolucionario, estenuadas por una guerra estrangera de 20 años, abatidas por la derrota y postradas del todo por la invasion de la Europa coligada. Sube Cárlos X; entretanto las ideas revolucionarias continúan difundiéndose, siendo tanto mas peligrosas cuanto se presentan mas disfrazadas. La revolucion de 1830 vino pronto á manifestar la fuerza del trono restaurado.

Y es de notar aquí una diferencia muy significativa entre la ruina del trono de Luis XVI y el de Cárlos X, la de aquel costo convulsiones horribles, raudales de sangre; la de Cárlos X fué un acontecimiento consumado en tres dias, sin que la Francia se conmoviese mas de lo necesario para participar del estremecimiento de Paris: y es que en tiempo de Luis XVI la monarquía era una cosa viviente, una víscera, digámoslo así, de la Francia; en 1830 era una cosa postiza, un traje, un adorno que la Francia se quitaba para sustituirlo otro. En 1848 se ha repetido el mismo fenómeno y con circunstancias agravantes. El pueblo de Paris mas bien que derribar un trono y una dinastía, parece haber despedido una familia de servidores; la humillacion sufrida por la casa de Orleans, carece de ejemplo en la historia, y hace creer que para la Francia la monarquía murió, y que si algun dia se la restaura, volverá á desaparecer.

El acto mas peligroso del gobierno provisional de Paris, es el haber planteado el problema de la organizacion del trabajo, y no como quiera, sino como de resolucion urgente y prejuzgando en cierto modo algunas de sus partes. Cuestiones de esta naturaleza requieren mucha calma y esta no la hay en el momento de una revolucion; exigen largo tiempo y cuando el gobierno las promueve con tal premura, indica á los interesados que se las puede resolver en corto plazo, y por consiguiente se quita en cierto modo la facultad de ventilarlas con detenimiento y se obliga á precipitarlas.

Esta es la cuestion mas grande que se ha presentado en el mundo en lo relativo á cambios sociales: la de la abolicion de la esclavitud quizás no era tan difícil. Para esto bastaba satisfacer dos

condiciones: indemnizacion del dueño del esclavo; abrir al que adquiria la libertad el camino para vivir por sus medios como hace un hombre libre: ambas cosas podian conseguirse sin alterar dos condiciones fundamentales para la conservacion del órden social, á saber: el respeto á la propiedad y la libertad de los contratos. Sin embargo, el cristianismo que abolió la esclavitud por medios justos y suaves, se tomó largos siglos para consumar su grande obra, y es de notar que lo primero que hizo para mejorar la suerte del esclavo y preparar su emancipacion, fué inculcarle la obediencia. No se hace el bien del pueblo haciéndolo concebir esperanzas insensatas qne no se podrán realizar; esto es un engaño, esto es propio de amigos falsos. La mejora de la suerte del operario es sin duda un objeto de alta importancia, es preciso que se piense en ella. Los que desdeñasen el exámen de esta cuestion no conocen los grandes peligros de que por ella está amenazada la sociedad; pero en cambio los que quieran precipitarla, los que afectando el intento de resolverla en un sentido benéfico, comiencen por atacar directa ó indirectamente la propiedad, por cercenar la libertad de los ricos son apóstoles de una libertad tiránica, de una igualdad imposible, y sus proyectos insensatos no tendrán otro resultado que causar trastornos profundos, que al fin vendrán á descargar con peso abrumador sobre los mismos jornaleros.

No désconozco la necesidad de examinar la cuestion. Yo he sido uno de los primeros en España que han ventilado estensamente las doctrinas socialistas, y llamado la atencion de los hombres pensadores sobre los males morales y físicos que la han producido; creo que la organizacion del trabajo tiene porvenir, que al fin esto introducirá modificaciones que ahora son irrealizables; estoy persuadido que dentro de dos siglos la sociedad habrá cambiado hasta un punto de que nosotros apenas nos formamos idea; pero insisto en la conveniencia, en la necesidad de no precipitar nada. Si se quiere hacer en breve tiempo lo que ha de ser el efecto de una elaboracion lenta en las ideas, en los sentimientos y en los hechos, el resultado infalible será provocar un cataclismo que lejos de avanzar la resolucion, la retrasará considerablemente.

La organizacion del trabajo es una palabra que todo el mundo pronuncia y que pocos entienden, y que casi nadie cuida de definir con precision y exactitud. Organizar el trabajo si ha de significar algo nuevo, se ha de corresponder á lo que se dice sobre la mejora de la suerte del operario, consiste en la alteracion de las actuales relaciones entre el capital y el trabajo, hecha en beneficio del trabajador.

De dos maneras se puede acometer la organizacion del trabajo, ó por la accion del gobierno, ó por la espontánea y libre voluntad de los individuos, amos y jornaleros,

La accion del gobierno puede ejercerse de dos modos, legislativamente, fijando las horas del trabajo, el precio de los jornales, la re-

particion de los beneficios &c. &c.; administrativamente, fundando talleres nacionales, fomentando las asociaciones de los obreros, auxiliando los establecimientos que éstos funden, &c. &c.

Examinemos por separado estos medios.

La accion legislativa del gobierno seria funesta, atacaria la propiedad, disminuiria la produccion, haria esconder los capitales produciendo un trastorno económico, que acabaria por una subversion del órden social.

No basta decir alcemos el precio de los jornales; es necesario saber si la altura es posible. El precio del jornal no es una cosa absoluta, está ligada con muchas relaciones que por necesidad la sujetan á cierta oscilacion. Fijado por la ley el precio del jornal, se quita es verdad al amo la facultad de rebajarle, pero no se le proporcionan medios para sostenerle. No lo puede pagar si no vende ó si el objeto manufacturado puesto en venta no le satisface todos los gastos de produccion, mas un beneficio líquido para la manutencion propia y la de su familia. El amo, pues, en la alternativa de arruinarse ó de cerrar su fábrica, obtará por lo último, y en vez de un jornal alto no habrá ninguno. ¿Qué se hace entónces? Se abre un juicio de inquisicion para saber si el amo dice ó no la verdad cuando se declara imposibilitado para sostener su establecimiento: ¿se fiscalizarán sus operaciones sobre la compra de las primeras materias, sobre todos los gastos de produccion, interes del capital empleado, alquiler de la casa, conservacion y reparacion de máquinas, y por fin sobre la cantidad líquida que dice necesitar para la manutencion de su familia? Quién no ve que esto es imposible sin la opresion mas odiosa, sin un ataque directo á la propiedad, que acabaria por hacer ocultar todos los capitales, por hacer desistir de todas las empresas industriales cegando las fuentes de la produccion.

Libertad, igualdad, fraternidad, bellas palabras y que significan hermosas ideas; pero al escribirlas en su bandera la república francesa, ¿qué garantías presenta de reducirlas á la práctica? La libertad es la sumision de todos á la ley, inclusos los que mandan: la igualdad si no significa un trastorno de todos los fundamentos sociales, no puede espresar otra cosa que la ley dominando sobre todos con entera imparcialidad: fraternidad es una palabra sin sentido si no espresa el amor de todos los hombres entre sí. Con indiferencia religiosa se carece de frenos morales; sin éstos las pasiones se desbocan, y produciendo la licencia, acaban por un monopolio que confina la libertad; sin frenos morales la corrupcion lo invade todo, el oro petrifica los corazones, rompe las leyes, desnivela las clases, y acaba por convertir la igualdad de la ley en un sarcasmo contra los débiles. ¿Y qué diremos de la fraternidad si no vive de principios religiosos? Hay ciertamente en el corazon del hombre un sentimiento dulce que le inclina al amor á sus semejan-

tes; pero delante de él se levanta otro sentimiento, duro, cruel, el egoismo que por desgracia triunfa muy á menudo de las inspiraciones generosas. La lectura de un bello trozo en que se hable de fraternidad, un discurso elocuente en que un tribuno exhorte á los hombres á mirarse como hermanos, producirá un efecto momentáneo, expansion y ternura en los corazones, lágrimas, abrazos, reconciliaciones; pero la impresion se disipa, aquellos mismos hombres se encuentran de nuevo solos con sus ideas, sus pasiones, sus necesidades, sus rivalidades, sus odios, y entonces si no hay en el entendimiento doctrinas fijas, si no imperan sobre la voluntad reglas constantes, ¿qué sucederá? Dígalo la esperiencia.

La república francesa no se ha ensangrentado por ahora en la embriaguez del triunfo: léjos de asemejarse á la primera, se ha esforzado por borrar su funesta memoria. El primer decreto relativo á penas no fué de proscripcion ni de sangre; fué la abolicion de la pena de muerte en los delitos políticos. Sea cual fuere la opinion que se profese en este punto, es preciso convenir en que consuela sobremanera el ver condenado el cadalso, cuando se temia verle levantado de nuevo. No dejará de levantarse, se nos dirá; tal vez es posible; pero la sangre humana es tan preciosa, que cuando no se puede evitar su derramamiento, se hace ya un gran bien con solo aplazarlo.

No diré que la pena de muerte deba ser abolida totalmente en los delitos políticos, pero sí que conviene economizarla en cuanto sea posible. Tiempos revueltos como los presentes lo exigen así; los que opinen en contrario debieran reflexionar que quizás ellos conspiraron ayer contra un órden establecido, y quizás conspirarán mañana. Divididas las naciones en partidos que á su vez se subdividen en fracciones y pandillas, ¿cuántos son los hombres de accion y brío que puedan decir con seguridad: yo no tomaré parte en ninguna tentativa para derribar á un gobierno? Se comprende que en épocas pacíficas, cuando eran pocos los que podian concebir un proyecto subversivo, se emplease la severidad en obsequio de la tranquilidad pública; pero ahora cuando son tantos los ciudadanos de quienes se sabe de cierto que se alegrarian de la caida de sus respectivos adversarios, y cuando por consiguiente es tan fácil que unos y otros, dadas las convenientes circunstancias, sucumban en la tentacion de coadyuvar al logro de lo que desean, ¿cómo no se tiembla al aplicar la pena de muerte, cuando una vez levantada el hacha fatal está amenazando á las cabezas de todos? Seamos ingenuos: de todos los partidos que hay en España, ¿hay alguno que pueda decir con verdad: yo no he conspirado, yo no me he sublevado? no tienen todos sus víctimas que apellidan sus mártires?

Ademas, si la pena de muerte produjese siquiera el efecto de evitar nuevas insurrecciones, su aplicacion seria menos sensible; pero no sucede así, nadie escarmienta: cuando ha muerto un adalid, se ofrecen otros á porfía esponiéndose al mismo sacrificio: la muerte

de Leon no evitó la insurreccion de 1842; los fusilamientos de Barcelona no evitaron el levantamiento de 1843; el suplicio de Zurbano no evitó el pronunciamiento de Galicia; y los fusilados en Alcarral no han evitado los recientes disturbios. ¿Cabe demostracion mas elocuente de que la sangre en tiempos como los actuales fecunda el campo de las rebeliones, y que conviene economizarla cuanto sea posible siquiera por interes propio, supuesto que todos los partidos están condenados á pagar ese fatal tributo?

Sobre estas razones de humanidad y de conveniencia pública, descuella otra de equidad y justicia, si se quiere considerar la cosa desde la altura á que debe remontarse un legislador. Todos los partidos creen tener razon, todos defienden sus doctrinas como verdaderas, su poder como legítimo: cuando están caidos y se levantan contra sus adversarios, no se creen traidores, sino héroes que esponen su vida por reconquistar el mando que les pertenece, abatiendo á su rival que apellidan usurpador y tirano. Unos pasos de distancia bastan en las discórdias civiles, para que una misma accion mude de nombre: lo que aquí se llama heroismo, allí traicion; lo que aquí traicion, allí heroismo. Estos delitos no son como los comunes, pues que los últimos son considerados como delitos en todas partes y por todos los hombres: el robo y el asesinato delitos son en todos los partidos, en todos tiempos y circunstancias. Así es que el suplicio por un delito comun, deshonra al ajusticiado y en algun modo á su familia; el cadalso por causas políticas, no deshonra ni aun entre aquellos mismos que le aplican. ¿El general Leon ni su familia tienen alguna mancha en su nombre, ni aun á los ojos de los mismos progresistas? Es cierto que no. ¿Quién no ve, pues, la conveniencia, la necesidad, las razones de alta justicia, que aconsejan no se derrame sangre, cuando los que la derraman y los que la hacen derramar, creen todos que la víctima sobre el cadalso no deja de ser noble?

Los fabricantes de constituciones se han creido capaces de fabricar tambien monarquías: la comision que elaboraba el proyecto constitucional podia elaborar tambien el trono; como el arquitecto que levanta un edificio puede ponerle encima la cúpula ú otra construccion que bien le parezca. En cuanto á las dinastías, era fácil improvisarlas: así como se destituye un empleado y se nombra otro, se podia destituir á un rey y darle un sucesor: sin embargo, era preciso llamarle magestad y persona augusta y sagrada é inviolable, y no olvidar aquello de alta sabiduría, bondad paternal, corazon magnánimo, generosa dignacion y otras cosas por el estilo. Despues de haber proclamado la soberanía nacional y destituido reyes como alguaciles y decapitarlos como criminales; despues que el cetro y la corona habian andado por el lodo de las calles y el manto de púrpura habia sido objeto de befa y escarnio para las turbas desenfrenadas, esos hombres habian tomado un manto real y un cetro y una corona, y lo llevaban en solemne procesion y lo

ofrecian al acatamiento de los pueblos, diciéndoles: inclinaos y adorad; y esos hombres que habian vilipendiado las augustas insignias de los prelados de la Iglesia, que habian hecho pedazos los blasones de la antigua nobleza, cubriéronse de placas y de cordones y de trajes recamados de plata y oro, y rodeando el trono, representaban con una seriedad admirable el papel de los antiguos cortesanos: semejantes á los agoreros de Roma, debian reirse de su comedia al mirarse unos á otros; pero bien pronto han venido los acontecimientos á demostrar con su lógica irresistible, que á los pueblos no se les gobierna con mentiras.

La monarquía hereditaria es una necesidad para los pueblos; aunque falte el respeto tradicional, es preciso tributarle un respeto calculado: si la adhesion á la monarquía ha dejado de ser un sentimiento, se la debe conservar como una idea; en vez de acatarla por amor, guardarla por especulacion. Así hablan los monárquicos nuevos, los que han surgido de la revolucion, y que quieren la monarquía como un medio de conservar el botin. ¡Ilusion! La monarquía no puede ser en ningun pais una forma calculada puramente convencional; es preciso que sea de sentimiento, de tradicion, que se ligue profundamente con ideas religiosas y morales, que esté acompañada de una vasta organizacion social en analogía con ella: si no es así, jamas se hará entrar en la cabeza de los hombres el dominio de una sola familia sobre una nacion de muchos millones de habitantes. Desde el momento que los pueblos calculan sobre la monarquía, en vez de amarla: la monarquía muere.

Cuando la Iglesia consagraba solemnemente á los reyes y rodeaba la persona del monarca de ceremonias augustas, hacia una obra muy política, estableciendo la condicion, sin la cual las monarquías hereditarias no pueden ser duraderas. En las constituciones modernas se emplea tambien la palabra de sagrado é inviolable; este es un esfuerzo que se hace por suplir lo que falta. ¿Pero se suple, discutidas las condiciones de la monarquía en pleno parlamento, haciendo surgir el trono de entre las manos de una comision de abogados? ¿se le presenta á los ojos de los pueblos con la elevacion á que debe encumbrarse para recabar sumision y acatamiento?

La organizacion social análoga á la monarquía, es otra de las condiciones de que esta necesita para su estabilidad y duracion. En Alemania, el príncipe es el primero de los señores feudales; en Inglaterra, es el primero de los lores: cuando desaparezcan los lores y los feudos, los príncipes se encontrarán frente á frente con un pueblo entero que bien pronto les dirá: ¿de qué sirves? y entonces en la misma Gran-Bretaña podrian tener aplicacion las terribles palabras de Reinolds, en el *meeting* de *Kennington-common*, en presencia de ocho ó diez mil personas, el dia 13 de Marzo del presente año, rechazando la libertad que se disfruta en Inglaterra: "Dos ó tres aristócratas son dueños de casi todo Lóndres. Nosotros pagamos todos los años cuatrocientas mil libras esterlinas para

la manutencion de una reina, mientras el presidente de América ejerce sus funciones por cinco mil libras."

Los falsos amigos de los reyes les hacen creer que su trono se consolida y robustece estableciendo, como dicen ellos, una administracion vigorosa. Un fuerte ejército bien disciplinado y ampliamente retribuido; una policía que aceche por todas las rendijas del hogar doméstico de los ciudadanos; cuerpos especiales para acudir á todos los puntos en apoyo de la accion gubernativa y para deshacer los núcleos de revueltas; una multiplicacion indefinida de empleados para crear adictos al gobierno, y formar, como dicen, un cúmulo de intereses que le apoye; hacer como que se fomentan mucho la industria y el comercio, para crear otra clase de intereses que apoyen tambien; por fin, construir un elemento político, brillante, espléndido, que nade en la corrupcion y en los placeres, y matando las convicciones y enervando los sentimientos, proporcione á la autoridad suprema un número de servidores ciegos que se prestan á todo sin reserva; estos son los elementos con que se lisonjea á los reyes, haciéndoles creer que de este modo están á cubierto de todos los peligros. Desgraciados monarcas, si oyendo corruptores consejos, esperan dominar por la fuerza, en vez de dominar por el amor; si no pudiendo apelar á la confianza, toman á sueldo el espionage, y si en vez de contar con el apoyo de millones de sus súbditos, buscan únicamente el de unos cuantos millares de empleados, dejando que la administracion pública se convierta en un vasto sistema de esplotacion pública.

La monarquía no tiene porvenir sino en los paises donde á mas de ideas monárquicas, hay todavía sentimientos monárquicos; donde la presencia del soberano escite todavía un sentimiento de entusiasmo; donde se victorée al rey, no con los vivas de ordenanza en las filas del ejército, sino con los que salen de las masas populares por un movimiento del corazon. Pero ese porvenir es necesario, es urgente asegurarlo por medio de un gobierno paternal y sobre todo barato; es preciso que el cálculo de Reinolds no pueda tener sucesores á causa de que, hecho el balance entre el costo de una administracion republicana y otra monárquica, encuentren los pueblos que el saldo es á favor de la monarquía. Nunca han sido mas necesarias que ahora la elevacion de ideas y sentimientos y las virtudes en el trono; el desprendimiento, el desinteres, la generosidad, han sido siempre su ornamento; pero ahora son una de sus condiciones necesarias. Cuando tantas y tan poderosas causas combaten la monarquía, es preciso que esta se defienda con el poderoso ascendiente de grandes cualidades.

Con la revolucion de París la Europa no se ha mudado, solo se ha manifestado; el volcan existia, y por estar en las entrañas de la tierra comprimido por algunos momentos, nada perdia de su fuerza; tarde ó temprano debia estallar: los acontecimientos actuales esceden la prevision por su rapidez; mas bien que por su magnitud.

Que la Francia tenia su órden político cimentado sobre bases efímeras; que las ideas en Alemania estaban estremadamente disueltas; que el *statu quo* europeo tenia contra sí gravísimas causas que solo esperaban una oportunidad, una ocasion determinante para producir una conflagracion, no se ocultaba á cuantos no querian hacerse ilusiones, y mucho menos á los que juzgan de la sociedad no por hechos pasageros, no con las preocupaciones de partido, sino á la luz de los eternos principios de la religion y de la razon. En 1841 indicaba el que esto escribe, la falsa posicion de los estados de Europa, probando que no era posible continuasen en él por mucho tiempo. La fuerza pública y la vigilancia de la policía son los dos recursos en que se funda la principal esperanza, y por cierto que no sin razon, dado que en la actualidad á ella se debe si el mundo no se trastorna de arriba á abajo. No se ven ahora como antiguamente tropas de esclavos amarrados con cadenas, pero sí ejércitos enteros con el arma al brazo guardando los capitales. Si bien se observa despues de tanto discurrir, despues de tanto ensayar, despues de tantas reformas y mudanzas, al fin las cuestiones de gobierno, de órden público, casi han venido á resolverse en cuestiones de fuerza. Mirad esa Francia: la clase rica tiene las armas en la mano para resistir á las tentativas de la pobre, y sobre una y otra están los ejércitos para sostener la tranquilidad á cañonazos cuando sea menester.

Ciertamente no deja de ser curioso el cuadro que nos ofrecen en esta parte las naciones europeas. Desde la caida de Napoleon las grandes potencias han disfrutado de una paz octaviana, sin que merezcan llamar la atencion los pequeños acontecimientos que en diferentes puntos la interrumpieron por algunos instantes: ni la ocupacion de Ancona, ni la toma de Amberes, ni la guerra de Polonia pueden figurar como guerras europeas: ni la de España, limitada por su propia naturaleza á reducido centro, no podia ni atravesar los mares ni salvar el Pirineo. A pesar de estas circunstancias figuran en la estadística de Europa ejércitos inmensos; los presupuestos para su manutencion son abrumadores, y agotan los recursos de los erarios. ¿De qué sirve ese aparato militar? Creeis por ventura que fuerzas tan colosales se sostienen únicamente para encontrarse apercibidos los gobiernos el dia de una guerra general, de esa guerra que siempre amenaza y nunca estalla, y que no temen ni los mismos gobiernos ni los pueblos? No: se destinan á otro objeto, á suplir la falta de medios morales que se hace sentir en todas partes de una manera lastimosa; y mas que en ningun otro punto, allí donde se proclamaron con mas ostentacion los nombres de justicia y libertad. (V. *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea, tomo* 3.° *cap.* 47.)

La ruina del absolutismo en Austria y Prusia deja sin sentido lo que se llamaba política del Norte: en vez de potencias conservadoras, acérrimas enemigas de toda revolucion, cuya robusta mano la

comprimia antes que estallase, y la amenazaba despues del estallido, hay pueblos poderosos tambien, pero que embriagados por la libertad, fascinados por ese nombre que victorean por la vez primera, simpatizan con las revoluciones y especialmente con la de Francia. La Rusia encuentra enemigos irreconciliables donde contaba con amigos fieles y casi con humildes servidores: la obra política de la Santa Alianza ha perecido completamente; la esperanza de restauracion, si es que pueda haber alguna, es harto remota; toda la dificultad está en prever, no adonde se volverá, sino adonde se irá. Así, pues, y es necesario que se convenzan de esta verdad todos los partidos, las cuestiones políticas han cambiado de faz: entran en los problemas nuevos datos que antes se tenian por imposibles; han desaparecido condiciones que se creyeron fijas y casi perpétuas: quien desde el 24 de Febrero no mire todas las cuestiones bajo diferente punto de vista, esté seguro de que yerra. El reconocimiento de las potencias del Norte que antes entrañaba mucha significacion en pro ó en contra de una causa, ahora tiene muy poca, si es que conserva alguna; porque habiendo ellas dejado de ser lo que eran, sus actos no pueden significar lo que antes significaban.

Los hombres y los partidos que quieran conservar ó adquirir influencia en una nacion de Europa, sea la que fuera, es preciso que se coloquen á la altura de las circunstancias: si toman un nivel mas bajo, perecerán en las oleadas; si están arriba, no saldrán nunca á la superficie; si se hallan abajo, hay en política como en literatura un género que es de los peores, el tonto, y tonto fuera hacerse ilusiones sobre el estado de la sociedad europea. Se trata de lamentarse; para esto son los rincones, pero entonces abdicar las pretensiones políticas: se trata de influir, de tomar parte en los negocios públicos, entonces es necesario vivir á la luz del dia, respirar el aire que impregna la atmósfera y aceptar las condiciones y medios de lucha establecidos por las ideas y las costumbres de la sociedad moderna; de otro modo los partidos se reducen á círculos pequeños y estériles para el bien: flacos estorbos para el vencedor, se alimentan de esperanzas insensatas; acometen quizás proyectos descabellados, consumiendo en luchas estériles abundantes fuerzas que hubieran podido emplear para el bien de la sociedad y para mejorar su situacion propia. Los principios no perecen, es verdad, pero se entiende los principios de la religion, de la moral, de la razon; pero las obras humanas que á veces con demasiada arrogancia se dan el nombre de principios, están destinadas á modificarse, á trasformarse: evitar obstinadamente la trasformacion, es precipitar la muerte.

Es conocida la frase de Metternich: "despues de mí el diluvio." Si esto era prevision, la frase es mas que exacta, pues que el diluvio ha venido antes de la muerte de su autor: ni siquiera ha tenido el consuelo de morir en vida de su sistema, dejando á los conservadores de Europa el dolor de su pérdida. Metternich y Luis Felipe eran dos hombres juzgados necesarios, pero suficientes para mante-

ner el *statu quo:* necesarios quizás lo eran, suficientes no lo han sido. La Providencia ha permitido que cayera de un soplo toda esa balumba de artificios humanos: si Metternich y Luis Felipe, como parece muy probable, se creyeron seguros, deben en la actualidad sentir sobremanera el no haber muerto un poco antes. Y he aquí una nueva leccion para apreciar cuán poco valen los juicios de los hombres. Si las revoluciones de Paris y de Viena hubiesen sobrevenido poco despues de la muerte de Luis Felipe y Metternich, hubiera pasado como indudable que la vida de estos dos hombres era la garantía de la paz del mundo; vedlos allá ambos fugitivos, el uno mas humillado de lo que fuera jamas ningun rey; caido el otro salvándose como el último de los ministros, perdiendo su poder de cuarenta años con una asonada de pocas horas, como perderla pudiera un ministro improvisado.

"Despues de mí el diluvio".... esto era la condenacion de su propio sistema: el hombre de estado no trabaja solo para lo presente; atiende al porvenir: si prevé un diluvio, trata de evitarle. En el manejo de los negocios públicos hay grandes dificultades que el hombre de cabeza y de corazon debe guardarse mucho de apellidar imposibilidades, mayormente cuando por espacio de cuarenta años dispone de todos los recursos de un grande imperio. Era necesario cambiar de política; errásteis, pues, en no cambiarla. No era necesario; entonces empleásteis mal los medios de defensa, de ese *statu quo* contra cuya existencia no militaba ninguna necesidad. Esto recuerda, no como exacto pero sí como digno de meditacion, un dicho de Chateaubriand en su obra intitulada el Congreso de Verona.

El primer efecto de la república francesa ha sido el cambiar la faz de Europa, echando por el suelo sin mas medios que la influencia moral, las formas políticas de Prusia, de la confederacion germánica y lo que es todavía mas singular, de la misma Austria. Metternich, poco ántes dueño absoluto de la política del Norte, y por tanto de un voto decisivo en las grandes cuestiones diplomáticas, ha tenido que huir precipitadamente de aquella capital, donde mas bien habia reinado que gobernado por espacio de cuarenta años; por manera, que desde Palermo hasta Stokolmo, desde Turin á San Petersburgo, nada queda en pié de la política de la Santa-Alianza. Solo la Rusia permanece encastillada en el ángulo del Septentrion, desafiando por ahora los acontecimientos, merced á sus nieves, y sobre todo, al atraso de su poblacion, que diseminada por un vasto territorio, no participa todavía de la inquietud y movimiento de la Europa civilizada.

Al contemplar cómo se han reducido á polvo en un instante con la simple llegada de una noticia aquellas obras que se consideraban imperecederas, aquella monarquía Prusiana tan ponderada por su centralizacion y vigor, tan frecuentemente citada como dechado de monarquías absolutas; ese imperio del Austria, baluarte inatacable

donde tenian asilo todas las tradiciones antiguas, constante esperanza de cuantos imaginaban posible volver á los congresos de Viena y de Verona, ocurre naturalmente la idea de la facilidad con que engañan vanas apariencias y de lo poco que se debe fiar de los fuertes hasta que los ha puesto á prueba la hora del peligro. Ciertamente, á juzgar por algunos artículos de la Gaceta de Viena, del Observador Austriaco, de las Gacetas de Ausburgo y de Berlin, hubiera podido creerse que aun venido el caso de un cataclismo, habian de quedar en pié aquellas pirámides de roca; pero los acontecimientos han revelado con una prontitud y decision espantosa, que allí, como en Francia, no estaba el órden político cimentado en firme; que tambien allí habia mucho de artificiosa combinacion de violencia; que tampoco allí reinaban los príncipes sobre el corazon de los pueblos del modo que ellos se querian lisonjear, y que para conservar el *statu quo* no les servia de poco el ejército y la policía De otro modo, ¿cómo se esplica la facilidad con que han caido si eran tan fuertes; cómo es que se hayan mostrado tan flacos en la prueba? ¿Será que no supieron defenderse? Entonces, ¿cómo salvamos su penetracion? Digamos otra cosa mas sencilla, mas conforme al buen sentido, y es, que las ideas liberales se habian difundido mucho, que estaban comprimidas y que la conflagracion de Francia las ha dado un momento de espancion, que es lo único de que necesitaban para triunfar de la resistencia. En 1789 pudieron los soberanos coligarse contra la Francia y pelear muchos años con ella para sofocar la revolucion; los pueblos los siguieron, y si la revolucion no fué sofocada, debióse á causas independientes del espíritu de los mismos: en 1848 basta la noticia de la revolucion de Paris para que se encienda todo como un reguero de pólvora. Este fenómeno podrá sorprender á quien ignora el estado de las ideas en Alemania, mas no á quien sepa que bajo la capa que cubria la superficie de aquellos paises, se desenvolvia durante medio siglo un movimiento de ideas filosófico, moral, social y político que dejaba muy atras al de Francia é Inglaterra; no solo han cundido mucho las ideas liberales, sino tambien las comunistas, por manera que la cuestion del trabajo que está amenazando de una manera tan grave el porvenir de la república francesa, si llega á plantearse en Alemania como en Paris, podrá tomar todavía un aspecto mas formidable. Salvas las diferencias de la época, no es imposible otra guerra de los paisanos.

La monarquía es una institucion eminentemente tradicional; vive de tradiciones: la Francia es un pais altamente teórico y ha roto con todas las teorías desde 1780. La monarquía ha menester de creencias religiosas, y en Francia prepondera la incredulidad y la indiferencia; la monarquía necesita de clases, en Francia no hay ninguna; la monarquía necesita de cierta resignacion á la desigualdad; la monarquía es apenas compatible con ideas de libertad absoluta en todas las materias, en Francia se quiere libertad en todo; la monarquía requiere sentimientos de adhesion caballerosa, en